

## LA LUCHA POR LOS DERECHOS HUMANOS Y LA PAZ: UNA OPCIÓN ENTRAÑABLE

*Luis Pérez Aguirre\**

"Yo me interrogo ahora ¿por qué no he amado sólo las rosas repentinas, las mareas de junio, las lunas sobre el mar? ¿Por qué he debido amar la rosa y la justicia, el mar y la justicia, la justicia y la luz?

Juan Gonzalo Rose (nicaragüense)  
*Carta a su hermana María Teresa*

Puesto que estamos en México y me han pedido que les contara cómo siento y vivo el compromiso por la construcción de una cultura de la Paz y los Derechos Humanos, no encuentro nada mejor que recordar con ustedes el nacimiento del famoso sacerdote de Quetzalcóatl, Dios de la vida, Ce Acatl Topiltzin.<sup>1</sup>

Se dice que en los orígenes de la cultura tolteca había un guerrero llamado Mixcóatl, gran jefe de los toltecas. Guerrero de fuerza extraordinaria, conquistador invencible junto a sus guerreros de pueblos vecinos, entre los que se cuentan Morelos, Toluca, Teotlalpan y otros, finalmente se estableció en Culhuacán y fundó allí su capital.

### **El encuentro entre Mixcóatl y Chimalman**

Cuenta la leyenda que en plena campaña de conquista de Morelos, se le apareció una hermosísima mujer joven que no era tolteca. Chimalman era su nombre, se supo, y que al verlo "puso en el suelo su rodela, dejó caer sus flechas y su lanzadardos y quedó en pie, desnuda, sin enaguas ni camisa". Mixcóatl, deslumbrado por la aparición de la mujer y turbado por la inesperada desnudez, sólo atinó a dispararle sus flechas, pero: "la primera que le disparó le pasó por encima y ella sólo se inclinó; la segunda que le disparó le pasó junto al costado y no más dobló la vara; la tercera que le disparó simplemente la tomó ella con la mano; y la cuarta que le disparó la sacó por entre las piernas".

Sorprendido ante esta impotencia, el gran jefe guerrero quedó totalmente desconcertado y sólo atinó a replegarse para buscar más flechas y volver al

---

\* Experto del Fondo de Contribuciones Voluntarias del Centro de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra.

ataque. Mientras tanto, Chimalman corrió a esconderse “en la caverna de la barranca grande” y cuando Mixcóatl no pudiendo contener el deseo de verla nuevamente salió a buscarla no la encontró. Entonces se enfureció y le dio por empezar a maltratar a las mujeres de Cuernavaca.

Llegó un momento en que éstas no soportaron más esos maltratos y dijeron: “busquémosla”. Una vez que la encontraron le dijeron: “te busca Mixcóatl, y por causa tuya maltrata a tus hermanas menores...” Al oírlas Chimalman se conmovió y salió al encuentro de Mixcóatl. Al verlo, se volvió a desnudar ante él colocando en el suelo su ropa y sus flechas. Mixcóatl, alterado nuevamente por la desnudez y la belleza de Chimalman, comenzó a dispararle sus flechas pero sin resultado alguno.

Dice la leyenda que rendido ante tal situación, no le quedó más alternativa que unirse a ella. Y así concibieron a Quetzalcóatl, quien es considerado como el fundador de la tan apreciada cultura precolombina: la tolteca.

Esta hermosísima leyenda, releída desde la actual situación de la mujer latinoamericana y desde la lucha por los derechos humanos, nos ofrece una clave para recapitular nuestra experiencia, difícil de traducir en palabras.

Iremos desentrañando lo que me vino a la mente cuando me propusieron este tema. Pero allí está justamente lo difícil de mi propósito. Porque una experiencia es algo que no se deja aprisionar en palabras ni codificar sin pagar un alto precio. “Vana es la palabra del filósofo que no sirva para curar y aliviar el sufrimiento de los seres humanos” decía el gran Epicuro.

Será necesario entonces comprometernos con la realidad social en la que convivimos. Será necesario hacer un compromiso en los hechos, no en las palabras, para que nuestra exposición manifieste una ética como acción, no como discurso. En el fondo, lo que cabe es dar sentido humano a lo que decimos, haciéndolo. Nuestro proceder no será un mero acto de conocimiento sino de práctica; no pertenece al reino de las ideas sino de la cotidianidad de las acciones.

Pero no podemos olvidar que por ser experiencia tiene un carácter polifacético y su riqueza es siempre un poco traicionada al pretender traducirla en palabras y conceptos. Sin embargo he considerado que igual vale la pena correr todos los riesgos en este caso, porque la experiencia, si se comunica y comparte, deja de ser un valor privado para convertirse en patrimonio de muchos.

La experiencia en torno al trabajo por la promoción y defensa de los derechos humanos es en realidad una militancia, una vocación, y por ello se enfrenta con dificultades que procuraremos analizar aquí. ¿Por qué tantas veces hemos estado tentados a bajar los brazos y abandonar la tarea? ¿Por qué tantos compañeros de ruta nos han dejado solos en algún momento de la lucha? ¿Qué es lo que nos motiva a actuar en este campo? ¿Qué es lo que sostiene nuestro compromiso con los derechos humanos? ¿Cómo se explica que algunos dediquen y organicen sus vidas en torno a la opción por los derechos humanos mientras otros pasan indiferentes ante sus violaciones?

### **La fuerza del desnudo de Chimalman**

Para transmitir nuestra experiencia tendremos que descodificarla y valiéndonos de leyendas y parábolas. Apostamos a que esa experiencia sea inteligible y compartible por todo hombre y toda mujer de buena voluntad que se asome a

ella sin prejuicios. Estoy convencido de que en ella es posible encontrarnos, es posible identificarnos hermanados por encima de los prejuicios, las ideologías y la fe o el ateísmo que podamos profesar cada uno.

Porque estaremos palpando algo que nos fusiona en una solidaridad insospechada.

Chimalman, desnuda ante el guerrero violento y arrogante, alude a algo que decía alguien que había arriesgado su vida y todos sus bienes en la lucha por la liberación de su pueblo, que había pasado por las torturas más terribles que podamos imaginar y que quedó vivo para contarlo: "Yo no sé si la liberación y la Paz son posible en nuestro pueblo y en el mundo este, no sé si es una realidad que hay que esperar para "otra vida" como dicen algunos curas, pero estoy convencido de algo esencial para mí: que tenemos que vivir en coherencia con lo que somos y creemos; que somos hermanos y libres".

¿Qué quería decir; qué estaba tratando de balbucear sin ninguna pretensión teórica o doctrinal? Simplemente que todo aquello que es genuinamente humano y digno -como Chimalman desnuda- tiene un valor en sí mismo, que no tiene ninguna necesidad de justificación exterior a su valor intrínseco. Es una intuición que se afirma por sí misma. Por ejemplo, que amar vale más que no amar; que el bien se justifica y se paga por sí mismo; que vivir como un ser humano justo y fraterno, en paz con los hombres y las mujeres y para ellos, es la mayor aspiración y exigencia de la persona humana.

Pero la fuerza del desnudo de Chimalman me desestabiliza porque toca una realidad muy profunda de la que provengo. No creo alejarme de la experiencia humana básica, si digo y afirmo que lo esencial no pasa en primera instancia por conocimientos teóricos, ni por elaboraciones doctrinales o por teorías científicas, sino por la sensibilidad. Es decir, lo esencial pasa por una "materialidad" desnuda, que implica corporalidad, la carne, la vida y la muerte del pobre, el sufrimiento, lágrimas, hambre, desnudez o frío.

Es la corporalidad, la "carne" la que siente, sufre, duele, goza. Es esa materialidad carnal y desnuda de la realidad que cada día descubrimos en las "noticias" de los periódicos, la radio o la TV: la violencia sobre los cuerpos hambrientos de nuestros hermanos y hermanas en Ruanda o en el Nordeste de Brasil; las mutilaciones de interminables guerras; de terrorismos; los torturados en regímenes represivos; la pobreza insostenible a los ojos en los cinturones de miseria alrededor de Caracas o Calcuta...

Es absolutamente necesario tener en cuenta esta "materialidad", esta "sensibilidad" porque se trata nada menos que del criterio primero de la ética. Es el criterio absoluto que juzga las acciones humanas, las decisiones de bondad o maldad de toda praxis.

Es necesario afirmar este principio de la sensibilidad porque venimos, desde hace siglos, embarazados de una nefasta triple influencia en la cultura occidental, tres corrientes culturales que despreciaron la corporalidad y la sensibilidad como malos: el Helenismo, la Gnosis y el Maniqueísmo.

Los indoeuropeos, y en especial los griegos, pensaron que el origen del mal estaba en el "cuerpo". Ya lo entendían así los presocráticos, pero sus principales ideólogos Platón y Plotino entendían que "la materia es el pecado original", porque pone todo tipo de limitaciones, determina y parcializa el alma -la mía y la del universo-, inclinándola por sus pasiones y deseos a las cosas bajas, intrascendentes y egoístas. Algo parecido también nos afectó desde el pensamiento hindú o el budista.

Todos estos enfoques, como Mixcóatl, buscaron la "liberación del cuerpo" para acceder a la contemplación de las cosas divinas -que sólo una aristocracia podía realizar-. Este dualismo penetró muy hondo también en el cristianismo de los primeros siglos y se asentó en la Escuela de Alejandría. Orígenes es un ejemplo típico siendo Metodio de Olimpia su primer crítico. De allí pasó a los gnósticos, que llegaron a sostener que el "cuerpo" había sido causado por el pecado del *eón Sofía* -una sustancia eterna-. Los maniqueos -sucesores de Mani: zoroástrico del siglo III- corrigieron este enfoque pero agravando las consecuencias. Ellos pensaban que la materia era un principio eterno, como Dios, pero que ella era el origen del mal que, por ejemplo, encadenaba el alma al cuerpo. Un primitivo texto maniqueo afirma: "Malditos los que han formado mi cuerpo, los que han encadenado mi alma".

En cambio, el genuino pensamiento hebreo y cristiano afirmó la unidad del ser humano como "carne". Aún cuando a veces usó la palabra "cuerpo" *soma* en griego, lo hizo pensando en "carne", *basar* en hebreo que quiere decir todo el ser humano, el orden humano, la historia y la sociedad de los seres humanos. El "alma", *néfesh* en hebreo, es la "vida" de la carne, pero nunca un co-principio como lo era para los indoeuropeos. En el pensamiento bíblico la "persona", carne, rostro, es siempre alguien indiviso. El dualismo "cuerpo/alma" no cabe en la tradición profética. La "carne" y la "carne" del otro, su rostro (persona) es lo único santo entre las realidades creadas, tiene una dignidad suprema derivada de la de Dios. Por eso, todo lo que está ligado a la "carne" - la sexualidad, la sensibilidad, el gozo, etcétera- es siempre bueno, tiene dignidad, es positivo y no se le rechaza nunca -salvo cuando esa carne se totaliza idolátricamente en el pecado-.<sup>2</sup>

Hoy los conceptos abstractos vuelven a invadir nuestros discursos. La desocupación en lugar de desocupados concretos, la exclusión en lugar del excluido hoy por la mañana en la puerta del mercado. Soy aquellos a quienes amo. Prefiero los amigos a la amistad, los justos a la justicia. El áspero y duro camino hacia la verdad que la verdad en sí misma, porque, transitoria siempre, ella se captura al vuelo, ella se biografía. Las parábolas evangélicas nunca platonizaron. Ellas endosan el enigma de una historia. Ellas no toman por valioso más que a las existencias personales.

### **Mixcóatl es cautivado por el erotismo de Chimalman**

De aquí rescatamos algo central para nuestra reflexión: el valor de la piel en el entorno de la sensibilidad. No nos estamos refiriendo ahora a la sensibilidad como capacidad-sensible-cognoscitiva -el sentido de la vista, o del olfato, o del oído- como medios para construir el "sentido" o significado intuitivo de lo que aparece en el mundo. Nos referimos a la sensibilidad como el "sentir" dolor o gozo, hambre o satisfacción, frío.

Nuestra subjetividad es afectada en su intimidad más profunda cuando algo lacera nuestra piel, cuando nuestra carnalidad es herida o atacada en su constitución real por algún traumatismo exterior. Nos referimos a la "sensibilidad" como la resonancia, el impacto en nuestra capacidad de "contento", de padecimiento, de alegría o de tristeza. Y que produce una reacción que organiza y moviliza todas nuestras facultades en función de ello.

Todos los seres vivos, aun el unicelular, como la ameba, tienen una última frontera que unifica su estructura viva y la separa del "medio", de lo de "afuera": es una membrana. Esa membrana, que puede tener muy diversas constituciones, en el ser humano es la "piel", pero interiormente puede ser mucosa, o externamente la córnea del ojo, o el tímpano del oído, o las papilas gustativas de la lengua, etc. Sentimos entonces lo que proviene del exterior como gozo, gusto, satisfacción, o como dolor, disgusto o traumatismo sufriente.<sup>3</sup>

El sufrimiento del hambriento, que ha sido excluido, o del torturado, se experimenta en la "piel", en la mucosa estomacal. La "carne" grita, sufre, padece. Por ello este dolor de la carne, en su sensibilidad, es el "juicio final" de toda praxis humana.

Ahora cabe entonces preguntarnos por el fundamento último de la existencia humana. Ya no podemos esquivar ese interrogante que tarde o temprano debe plantearse toda persona honesta. En los comienzos de nuestra cultura se puso el *Logos* griego como fundamento y en los albores de la modernidad el *cogito*, la razón cartesiana. Pero hoy ya nadie sostiene que la razón explique y abarque todo.

Ya la razón dejó de ser el primer y el último momento de la existencia humana. Porque la existencia humana está abierta hacia arriba y hacia abajo de la razón. Existe lo a-racional y lo irracional. Abajo existe algo más antiguo, profundo, elemental y más primitivo que la razón: la sensibilidad. Hacia arriba, se abre la experiencia espiritual, la totalidad del yo dimensionado hacia la totalidad. Por detrás de lo real, no hay únicamente estructuras, sino sentido gratificante o castigante, simpatía, afectividad y ternura.

La experiencia-base es el sentimiento. No es el *cogito, ergo sum* pienso, luego existo, sino el *sentio, ergo sum* siento, luego existo; no es el *Logos* sino el *Pathos*, la capacidad de ser afectado y de afectar: la afectividad. La base ontológica de la psicología profunda -Freud, Jung, Adler y sus discípulos- reside en esta convicción" la estructura última de la vida es sentimiento, es afectividad y son las expresiones que de ellos se derivan: el Eros, la pasión, la ternura, la solicitud, la compasión, el amor... Sin embargo, debemos entender correctamente el sentimiento no sólo como moción de la psique, sino como "cualidad existencial", como estructuración óptica del ser humano, que es todo él -y no sólo la psique humana- afectividad como modo de ser.<sup>4</sup>

El sentimiento *Pathos* y la "sensibilidad" no se oponen al *Logos* -comprensión racional- sino que son una forma de conocimiento mucho más abarcante y profundo que la razón porque la incluyen y la desbordan. Esto lo expresó maravillosamente Blaise Pascal, pensador a quien nadie le puede achacar el desprecio de la razón, ya que fue uno de los creadores del cálculo de probabilidades y constructor de la máquina de calcular.

Pascal llegó a afirmar que los primeros axiomas del pensamiento son intuitivos por el corazón y que es el corazón el que pone las premisas de todo posible conocimiento de lo real. Nos dice que el conocimiento por la vía del sentimiento -del *Pathos*- se asienta en la simpatía -el sentir-con la realidad- y se canaliza por la empatía -sentir- en, dentro de, identificado con la realidad

sentida. Martin Heidegger, por su lado, consideraba la ternura, *fūsorge*, y la solicitud, *sorge*, como el fenómeno estructurador de la existencia.<sup>5</sup>

Estamos afirmando que en el origen no está la razón, sino la pasión - *Pathos y Eros*-. La misma razón actúa movida, impulsada, por el *Eros* que la habita. *Pathos* no es mera afectividad, mera pasividad que se siente afectada por la existencia propia o ajena; es principalmente una actividad, un tomar la iniciativa de sentir e identificarse con esa realidad sentida. Y el *Eros* no supone un mero sentir, sino un con-sentir. No es una mera pasión, sino una compasión. No es un mero vivir, sino un con-vivir, sim-patizar y entrar en comunión. Y hacerlo con entusiasmo, con ardor, con creatividad que se sorprende, se maravilla y se abre a lo fascinante de lo nuevo que surge en esa fusión. Lo propio de la razón es dar claridad, ordenar y disciplinar la dirección del *Eros*. Pero no está sobre él.

La trampa en que cayó nuestra cultura es la de haber cedido la primacía al Logos sobre el *Eros* desembocando en mil cercenamientos de la creatividad y gestando mil formas represivas de vida. La consecuencia es que se sospeche profundamente del placer y del sentimiento, de las "razones" del corazón. Y entonces campea la frialdad de la "lógica", la falta de entusiasmo por cultivar y defender la vida, la muerte de la ternura. No en vano el Che Guevara gustaba decir que "hay que endurecerse, pero sin perder la ternura". Sin temor a parecer ridículos tenemos que defender y entender al ser humano como ternura.

Porque el ser humano se caracteriza por ser capaz de amar, pero la ternura nos zafa de la trampa del lenguaje. Porque la palabra "amor" está desprestigiada, tiene demasiados sentidos que rayan en la contradicción. El dictador puede amar a sus secuaces y el demonio a sus ángeles. El avaro ama a su dinero. Pero al hablar de la ternura nos estamos refiriendo al *agapé*.

Desgraciadamente nosotros en castellano sólo tenemos la palabra amor para designar una experiencia tan profunda y polifacética.

Los griegos tenían cuatro palabras para referirse a diferentes cualidades del amor. *Erao* es una de ellas. Significa el amor romántico de atracción mutua entre el hombre y la mujer. Esa "electricidad" que se da entre dos seres que se enamoran. El *eros* es un dinamismo de vínculo y de creatividad, que abre espacios a lo simbólico, a la poesía y a la belleza. Por eso aún en el exilio o en la cautividad el pueblo puede hacer fiesta y celebrar sus memorias. El *eros* educa nuestro deseo en la dirección del bien y de la verdad, posibilitando proyectos nuevos.<sup>6</sup>

Las otras palabras son *stergo*, el amor familiar y cariñoso. *Fileo*, que expresa el amor de amistad, el afecto cálido que se siente entre amigos. Y finalmente *agapao*, que expresa el amor de benevolencia, capaz de darse y hasta dar la vida sin esperar nada en retorno. San Juan lo usa para definir a Dios.<sup>7</sup> También nos dice que "no hay amor -*agapao*- más grande que dar la vida por los amigos *filos*".<sup>8</sup>

Chimalman en su desnudez turba a Mixcóatl con su erotismo, pero no es obscena ni pornográfica y cuando finalmente se une a él nos está mostrando la riqueza que se esconde detrás del amor.

Generalmente confundimos lo erótico con lo obsceno y lo pornográfico. Lo erótico nunca es obsceno. Lo obsceno es aquello que no se debe mostrar o poner en escena, lo que debe permanecer fuera de la escena. Es obscena, por ejemplo, la muerte. Eran escenas aquellas escenas de la inenarrable agonía

en el rostro de la pequeña Omeyra, atrapada entre los maderos arrastrados por un torrente, víctima en Armero, Colombia, de la catástrofe del Nevado del Ruiz y transmitidas en directo por la televisión. Es obsceno mostrar condecoraciones militares obtenidas en una guerra de agresión. Es obsceno el oculto deseo de ver fotos del rostro de la princesa de Gales, atrapada entre los fierros del carro accidentado en París, pidiendo auxilio. Tampoco lo pornográfico es erótico. Sabemos que donde empieza la pornografía allí termina el erotismo.

Trabajar por una cultura de la paz y los derechos humanos es comulgar con el otro -entendido como individuo o como persona colectiva-, hacerlo con entusiasmo, con ardor, con una creatividad que se sorprende, se maravilla y se abre a lo fascinante de lo nuevo que surge en esa relación.

### **Mixcóatl no ve el rostro de Chimalman**

Mixcóatl ante la figura desnuda de Chimalman se siente amenazado y su actitud espontánea es la de atacarla, lanzarle sus flechas. Esas flechas eran lo que hoy conocemos como discriminación, sometimiento, opresión, despersonalización y violencia. Mixcóatl no ve el rostro de Chimalman y sólo atina a despersonalizarla para atacarla. Ella no tiene rostro para él. Es un cuerpo joven y hermoso, que se puede poseer, pero no es una persona para Mixcóatl. Y puede lanzarle dardos, puede someterla porque previamente la ha despersonalizado, no ve su rostro. Si viese su rostro le hubiera sido muy difícil atacarla. Hubiese sentido las ondas de un sorprendente campo magnético, las voces de un imperativo silencioso: el rostro de Chimalman le hubiese obligado a romper su indiferencia. Se vería desembriagado de su afán de conquista y dominación, despertado de su sueño, expulsado de su reino de inconsciencia. Ella, una intrusa, le hacía responsable de algo que Mixcóatl no había elegido.

Esto es así porque “la ética es mi naturaleza puesta en tela de juicio por el rostro de otro”.<sup>9</sup> Emmanuel Lévinas, el filósofo del rostro, decía que “sólo un yo vulnerable puede amar a su prójimo”.

Amar es un poco enredarse con los rostros de los demás. Es salir de uno mismo y entrar en un mundo sorprendente de nuevas relaciones. El amor llega a nosotros hecho rostro, no simplemente mirada. “El encuentro con un rostro me impide dominarlo, hacerlo mío. Contemplo el rostro, pero no lo absorbo. Bebo en la fuente, pero no la agoto. Comienzo una aventura, más allá del paisaje monocorde y monótono de mí mismo. Pero esa realidad sobre la cual yo no tengo ningún dominio es una piel que no está protegida por nada. El rostro, desde su vulnerabilidad, me pide no sólo compañía sino que esté para él y no solamente con él”.<sup>10</sup>

La presencia de Chimalman en la vida de Mixcóatl lo descolocó. Sin pretenderlo, se convirtió en su juez. Le enseñó lo que es el amor. Y llegará el momento en que todo el cuerpo de Chimalman será rostro para Mixcóatl.

“El rostro es significado, y significado sin contexto. Quiero decir que el otro, en la rectitud de su rostro, no es un personaje en un contexto. Habitualmente se es un “personaje”: se es profesor de la Sorbona, hijo de Fulano de Tal, todo lo que figura en el pasaporte, la manera de vestirse, de presentarse. Y toda significación, en el sentido habitual del término, es relación a un tal contexto: el sentido de una cosa está en su relación a otra cosa.

Aquí, por el contrario, el rostro es sentido en sí mismo. Tú; es tú. El rostro es lo que no puede devenir un contenido, que sería abarcado por tu

pensamiento; es el incontenible, te lleva más allá... El rostro es lo que no se puede matar, o al menos aquello cuyo sentido consiste en decir: "no matarás".<sup>11</sup>

Esta situación me ayuda a compartir con ustedes otra preocupación personal. Una preocupación que me hace quedar incómodo frente a la manera clásica de encarar los Derechos Humanos y en particular ante la manera de luchar de muchas organizaciones de Derechos Humanos (DDHH). Porque creo que generalmente responden a una concepción obsoleta e individualista de los derechos humanos, y tienen dificultad para ver la complejidad estructural-causal de la violación de ellos.

En primer lugar para darse cuenta que las personas que tienen violados sus derechos son una especie de negación para la sociedad. Ellas no son reconocidas como seres humanos como personas, como sujetos de derechos. Ellas son lo que hemos llamado en América Latina los "no-persona", los "sin rostro", la multitud pobre de nuestros países del Sur.

En la antigüedad los griegos elaboraron el concepto de persona a partir de la situación de los actores del teatro, que usaban las caretas como amplificadores de la voz que sonaba a través de ellas *per-sonare* "sonar-a-través" dirán luego los latinos generando la actual etimología de nuestra palabra "persona". Pero para el caso lo importante no la profesión de actor de teatro, sino precisamente su condición: ser hombres libres. Los esclavos no podían actuar y a ellos los llamaban precisamente: *Aprosopos*, es decir, aquel que uno no ve, el sin rostro, la no persona. Era entonces, como hoy también, el rostro velado de los excluidos, de los marginados, de los mendigos, de las prostitutas, de los niños de la calle, de los postrados en la droga... los olvidados hasta de la comunidad de los derechos humanos.

Es que la realidad desborda absolutamente nuestros enfoques para luchar contra la violación a los derechos humanos Porque quien vio y acompañó en su agonía y en su tortura a Pedrito Nogueira -un niño de la calle que murió de hambre bajo un puente de San Pablo en Brasil, no puede aceptar sin más las maneras de trabajar y de luchar de la comunidad internacional de los DDHH. Porque en Pedrito están los 1500 Pedritos y Maritas menores de cinco años que se nos mueren cada hora delante de nuestros ojos azorados e impotentes por causa de enfermedades perfectamente evitables y del hambre. Quien presencié esa muerte lenta, esa tortura indescriptible, ya no puede quedar igual que antes.

Y nosotros nos preguntamos: ¿quién mató y sigue matando a Pedrito? ¿Quién organizó esta cruel "ejecución sumaria"? ¿Quién lo mandó matar? Porque en otros casos los torturadores y los asesinos se conocen, tienen nombre y apellido, pero aquí no tienen rostro, se llaman estructuras injustas, subdesarrollo generador del cólera, la rubeola, el tétanos, la diarrea... Y esto sucede ahora mismo y sucederá mañana.

Ellos matan y torturan cada día 1500 niños por hora, mantienen en la miseria y la postración humana más absoluta a 450 millones de personas, de las cuales 167 millones son niños. Yo no puedo quedar tan tranquilo al saber que por no tener agua potable mueren 17 personas por minuto, que 240 millones de habitantes de zonas rurales de nuestros países pobres carecen de acceso al vital líquido, y que por ello viven en condiciones de saneamiento deplorables, y que por ello mueren como moscas.

Cada minuto se nos muere una mujer joven -1500 por día- por causas absolutamente evitables, relacionadas con el embarazo y el parto y por falta de una adecuada asistencia médica. "En los últimos 10 años, los pobres quedaron más pobres. Hoy, de los 17 billones de dólares del PIB mundial, casi la mitad se encuentra en las manos de apenas siete países".<sup>12</sup>

El último informe sobre el desarrollo humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) nos dice que "hoy en día, el activo de las 358 personas más ricas es igual al ingreso combinado del 45% más pobre de la población mundial, 2.300 millones de personas".

La riqueza del mexicano más rico ascendía en 1995 a 6.000 millones de dólares, lo que equivale al ingreso total de 17 millones de mexicanos más pobres. Se calcula que haría falta una ayuda a fondo perdido de 94000 millones de dólares para que América Latina pudiera tener en 1997 el nivel de pobreza que tenía en 1980. Ante estas realidades, nuestra concepción de los DDHH y nuestra manera de luchar parece ridícula si no fuera tan estúpidamente ingenua.

No podemos fantasear sobre lo que está en juego. No podemos equivocarnos o trampear con las palabras. En estas circunstancias es muy difícil abordar el tema de los DDHH. Es muy difícil darse cuenta de los matices del vocabulario. No llamemos política económica a aquello que no es sino un vil tratado de guerra escrito con la sangre de los oprimidos.

Podríamos hacer creer que estamos delante de una reflexión clásica sobre los DDHH y podríamos terminar hoy inflados de irresponsable utopía. En realidad este es un tema durísimo, trata sobre el terrible asunto de cómo evitar la muerte y cómo hacer vivir a millares de niños que van a morir antes de que termine este día.

Es el problema de abordar el punto de vista de aquellos que son desposeídos de su dignidad y de su vida. Al contrario de la concepción liberal, que centra su discurso sobre los derechos de la persona, nuestra concepción de los DDHH. tiene como centro y punto de partida la no-persona, la multitud pobre de nuestros pueblos del Sur.

Si analizamos la espiral de la violencia social encontraremos un momento decisivo en la génesis de la violación a los derechos humanos: la violencia estructural. Es ese conjunto de estructuras económicas, sociales, jurídicas y culturales que causan un dolor profundo, cruel e inhumano en la persona, que la oprimen e impiden que sea liberada de esa opresión.

Si recordamos que la bomba de Hiroshima mató a 70.000 personas, llegamos a la conclusión -por ejemplo- de que Brasil es un país que lanza sobre su propia población el equivalente a 13 bombas de Hiroshima cada cinco años y que las víctimas son exclusivamente bebés que nunca completaron un año de vida.

Es la más cobarde de las guerras porque aquí las víctimas son absolutamente indefensas. Y no olvidemos que la alegórica "bomba atómica" no sólo mata a los niños calculados en la franja social estudiada por el Banco Mundial en Brasil, ella mata también niños mayores de un año, adolescentes, adultos y viejos.

La esperanza de vida al nacer en Brasil es de 65 años, 10 años menos que en Uruguay o Costa Rica, para no mencionar países desarrollados del Norte. En el total de una población de 150 millones, esto equivale a cerca de un billón y medio de años de vida humana rifados. Son un billón y medio de años de

alegrías, de amores, de esperanzas, de vida humana que nunca serán vividos. Y la desgracia es que parece que ya todos nos acostumbramos a esta tragedia.

¿Cómo anunciar al no-persona, a los "despersonalizados"<sup>13</sup> que tienen unos derechos humanos? ¿Cómo hablar de los derechos humanos a partir del sufrimiento del inocente, de la larga queja de los humillados y de los ofendidos por las estructuras injustas y aparentemente abstractas? Preguntas que no tienen verdaderas respuestas sino de parte de las mismas víctimas.

Se trata de transitar desde un discurso individualista y burgués de los derechos humanos que no habla a las víctimas hacia una doctrina y un compromiso experimentado por ellos mismos. A este respecto Anatole France decía que la libertad burguesa consiste en que "se prohíbe por igual a ricos y pobres mendigar, robar pan y dormir bajo los puentes".

Hablar de derechos humanos no es cuestión de discurso teórico. Es antes que nada un estilo de vida, una manera de ser ante la situación de injusticia en la que viven los excluidos. Esta situación inhumana y humillante de *la no persona* viola todos los derechos humanos, aunque al mismo tiempo por suerte ella puede ser también el lugar de una experiencia de liberación y de dignidad. La pregunta fundamental que nos hacemos es la de saber *de qué lado se sitúa cada uno*.

Chimalman no tenía nombre, era una mujer sin identificación, sin rostro, desconocida. Era una *aprosopos*. Mixcóatl, como nosotros, nació con ojos, pero no con mirada. En castellano tenemos una sutil diferencia entre "ver" y "mirar". El mirar siempre está cargado de cuidado de amor y hasta de pasión. Para ver bastará con dirigir los ojos hacia el estímulo externo. Para "mirar" hay que poner en marcha también el corazón.<sup>14</sup>

Veamos: después que Francisco de Asís se desnudó ante su padre, el rico comerciante de telas, y le dijo: "Tú que conoces el precio de las cosas, tú que de las cosas sólo conoces el precio, mira, me quito mis vestiduras, me despojo delante tuyo, delante del obispo y de toda esta gente. Aquí te dejo este montón de tela. Sopesa y calcula: te he devuelto todo. No te debo más nada y por tanto puedo irme desnudo como un guijarro, como una brizna de hierba, desnudo como la primera estrella en el cielo oscuro. Ahora parto, ¿qué puedes contra esta decisión? Te dejo hasta el último de mis vestidos. A la gente se la tiene agarrada por todo lo que se le da. Te devuelvo todo lo que me diste, salvo la vida. Pero la vida me viene de mucho más lejos que de ti. La vida me viene de la vida y es hacia ella que voy, hacia mi amiga con ojos de nieve, mi pequeña fuente, mi única esposa: la vida, sólo la vida. La vida, toda la vida".<sup>15</sup>

Esto fue posible porque cuando Francisco, todavía pecador y comerciante, dejó pasar de largo, asustado, a un leproso que le repugnaba, volvió sobre sus pasos, salió a su encuentro, tomó sus muñones entre sus manos delicadas de joven aristócrata, le miró fijamente a sus ojos manchados de sangre y legañas, y despacio, con el corazón apretado, le besó en la boca. Entonces el leproso no le infectó a Francisco; le curó!

Para Mixcóatl Chimalman era la no-tolteca y, por decirlo de alguna manera, la no-Chimalman. Porque la palabra Chimalman después supimos que quería decir mano-escudo. Pero Chimalman no se llamaba Chimalman antes de su encuentro con Mixcóatl. El nombre se le dio después, precisamente por su acción inaudita de detener las flechas -la discriminación, la agresión, la dominación- que le lanzó Mixcóatl. "Tuvo que hacer su aparición en la historia, atreverse a desnudarse y enfrentar las flechas de Mixcóatl para poder tener un

nombre, para llamarse Chimalman. [...] No-Chimalman, la mujer no-tolteca, para poder tener nombre y entrar en la historia necesitó de un encuentro con Mixcóatl; sola no pudo hacerlo, ni menos fecundar una cultura en la cual ella fuese también vértebra. Pero en el encuentro tuvo que ser mano-escudo, es decir, debió ser capaz de hacer frente a los ataques del guerrero y detener las flechas, despedazándolas. Chimalman no atacó al guerrero, puso sus flechas en el suelo; antes bien, invitó a Mixcóatl a desnudarse también, es decir, a conocerse a sí mismo y a compartirse en un plano de igualdad con ella.

Chimalman tenía belleza -cubierta con ropas-, juventud, y flechas, pero no tenía nombre. Cosa extraña: existía y no existía a la vez. Estaba sola con su belleza, su juventud y sus flechas; oculta, ignorada, silenciada por la historia. Era como la siempre ausente de los presentes o la siempre presente pero invisible. En el relato sabemos lo que es ser Chimalman, sin embargo no sabemos con precisión lo que era ser no-Chimalman. Podemos elevarla y admirarla por su belleza y juventud o podemos rebajarla y tomarla como una vulgar e inmoral guerrera. Hay una nebulosa que impide definir a no-Chimalman”.<sup>16</sup>

### **El «lugar» en que se desnudó Chimalman**

Chimalman no es tolteca. Está parada y desnuda frente a Mixcóatl que viene en plan de conquista de su territorio. Sus pies no están en un territorio neutro o indiferente para el conquistador.

A partir de esta situación nos introducimos en un problema metodológico mayor: no se puede luchar por los derechos humanos desde cualquier lugar ni desde cualquier disposición interior. En nuestros profundos fracasos en realidad lo que falló no ha sido la teoría o el conocimiento, sino el lugar desde donde pretendimos actuar. Es pertinente recordar al respecto aquella frase de Engels de que “no se piensa lo mismo desde una choza que desde un palacio”.<sup>17</sup>

Tan simple afirmación constituye, sin lugar a dudas, una de las conquistas más profundas e importantes del pensamiento contemporáneo. Lo que está afirmando Engels con su “perogrullada” es que, aunque la verdad sea absoluta, no lo es nuestro acceso a ella. Es decir, que aunque sea posible para la persona un cierto acceso real a la verdad, ese acceso nunca será neutro e incondicionado. Nosotros deberíamos completar el “efecto” de la afirmación de Engels diciendo que “no se siente (se ve o se experimenta) la realidad lo mismo desde una choza que desde un palacio”.

Esto es de capital importancia para trabajar en los DDHH. Aún suponiendo la mejor intención, la mejor buena voluntad y los mejores talentos intelectuales, hay lugares desde los que, simplemente no se ve, no se siente la realidad que nos abre a los derechos humanos, al amor y a la solidaridad. Porque nadie puede pretender mirar o sentir los problemas humanos, la violación de los derechos y de la dignidad humana, el dolor y el sufrimiento de los otros, desde una posición “neutra”, absoluta, inmutable, cuya óptica garantizaría total imparcialidad y objetividad.

Entonces hay lugares, posiciones personales, desde los que simplemente no se puede trabajar en derechos humanos. La cosa es así de simple, y así de grave caer en la cuenta de ello y sacar las consecuencias. ¿Dónde estoy

parado, dónde están mis pies en mi praxis? Porque la cuestión es saber si estoy ubicado en el lugar correcto para mi tarea.

El lugar es tan o más decisivo para la tarea que la calidad de los contenidos -DDHH., valores, etcétera- que quiero comunicar o contagiar. Urge pues, en la mayoría de los casos, una ruptura epistemológica. La clave para entender esto se encuentra en la respuesta que cada uno demos a la pregunta por el “desde dónde” educo y actúo, la pregunta por el lugar que elijo para mirar el mundo o la realidad, para interpretar la historia y para ubicar mi práctica.

El eminente educador Ignacio Ellacuría, asesinado vilmente en El Salvador por unos militares oscurantistas, hablando de la opción por los pobres que había hecho la Universidad Centroamericana de la que era Rector, decía que la tarea educativa implica:

Primero, el lugar social por el que se ha optado; segundo, el lugar desde el que y para el que se hacen las interpretaciones teóricas y los proyectos prácticos; tercero, el lugar que configura la praxis y al que se pliega o se subordina la praxis propia.<sup>18</sup>

Y en la raíz de la elección de este lugar social está la “indignación ética” que sentimos ante la realidad de la violación de la dignidad y los derechos de la persona concreta: el sentimiento de que la realidad de injusticia que se abate sobre los seres humanos es tan grave que merece una atención ineludible; la percepción de que la propia vida perdería su sentido si fuera vivida de espaldas a esa realidad. El punto de vista de los satisfechos y los poderosos termina inevitablemente enmascarando la realidad del dolor para justificarse.

Nunca será posible defender los derechos humanos desde la óptica del centro y el poder, ni siquiera desde una pretendida neutralidad. Esa práctica estará condenada de antemano a anularse y a caer sobre sí misma cuando afronte la prueba de los hechos. Mi compatriota y amigo Mario Benedetti decía con lúcida precisión que “todo es según el dolor con que se mira”.

Y es esa mirada doliente la que nos ha quitado el neoliberalismo, que sólo ha sabido darnos una mirada concupiscente, egoísta, miedosa, una mirada colérica o despectiva sobre la realidad. Nuestra convicción es que sólo aquella mirada doliente sobre la realidad de las víctimas nos hace verdaderamente humanos.

Para trabajar en derechos humanos es obligatorio adoptar el lugar social de la víctima. El punto de vista de los satisfechos y los poderosos termina inevitablemente enmascarando la realidad para justificarse. Nunca será posible trabajar para ser humanos desde la óptica del centro y el poder, ni siquiera desde una pretendida neutralidad. Esa práctica estará condenada de antemano a quebrarse y a caer sobre sí misma cuando afronte la prueba de los hechos.

¿Cómo educar sin actuar desde el lugar debido? Porque no desde cualquier lugar de práctica educativa se puede discernir y actuar correctamente y con fruto. Parece que los educadores a veces no aprendemos más que la mitad de la lección. Nos afanamos en conocer y prepararnos pero estando ubicados en un mal sitio, y por eso no vemos nada con nitidez. Estamos turbados como Mixcóatl. Es como si nos ubicáramos no frente a Chimalman, sino frente a un espejo en el que nuestra propia imagen ocupa todo y no vemos a Chimalman más que a través de nosotros mismos. Ese es el problema de la educación cuando no entendemos esto, nuestra práctica educativa está

condenada a un mero reflejo de nosotros mismos porque nos ubicamos en el lugar incorrecto.

En el relato que nos ocupa vemos que Mixcóatl está obnubilado por la conquista y la guerra. Su relación cotidiana y permanente es con sus guerreros varones. Su horizonte de visión es siempre el mismo. La manera que tiene de experimentar la vida está regida por un único y monótono ritmo bélico. Este relacionamiento unilateral con la realidad le impide ver el rostro de Chimalman. El siempre ve las cosas de una sola manera -como el que mira desde el palacio de Engels- y esto le hace creer que la realidad, que las cosas son así naturalmente, que no pueden ser de otra manera. Piensa que lo que el considera que es lo que debe ser. Mixcóatl necesita abrirse a otros horizontes para no quedar envuelto en la pura ideología que le deforma la realidad. Será Chimalman quien le saque las anteojeras ideológicas.

### **La opción entrañable en forma de parábola**

Lo mismo hará Jesús, el Nazareno, con el hombre de la ley, que le preguntaba por el camino de la salvación: ¿Maestro, qué debo hacer para salvarme?

La descripción de quién se salva que hace Jesús en la parábola del buen samaritano no se define por conocer una doctrina, una filosofía o una ley, sino por la capacidad o no de compadecerse (padecer con) frente a la necesidad del otro, de la víctima. Solamente aquel que "se compadeció" es señalado por Jesús como quien "se portó como prójimo".

El samaritano se acercó al herido medio muerto que estaba en la cuneta del camino no por una obligación religiosa o doctrinal o por un frío cumplimiento de un mandamiento, sino simplemente porque al ver a esa persona caída y en tal estado, se le revuelven las entrañas<sup>19</sup> y ello le mueve a compasión.

Aquí está el meollo del asunto. Los otros personajes, el sacerdote y el levita, estaban regidos por "el deber", por la ley y la doctrina. No amaron realmente con amor humano, como hombres de carne y hueso. Porque no se les removieron las entrañas. Les importó más la obligación religiosa que el hombre concreto a quien debían haber dirigido la atención y la sensibilidad. Esa indiferencia que demuestran, esa frialdad, es reveladora: la obligación religiosa puede ser ajena al amor humano, desencarnada, lejana, y por eso no salvar a nadie.

Pero el término "compasión" no traduce bien la emoción que movía a Jesús. Compasión significa algo así como "sentir-con", comunica y brinda solidaridad. Compasión y misericordia en estos pasajes que citamos arriba traducen un vocablo griego difícil de interpretar, que proviene, como dijimos arriba, de la raíz *splajnon*, es decir, entrañas, o seno materno. En el *koiné* del Nuevo Testamento, el término es sinónimo de "corazón", o sea, del centro del sentimiento y de las motivaciones más profundas y nobles que puede tener el ser humano.

Cuando el Nuevo Testamento se refiere a "las entrañas", está indicando el lugar, la fuente y la profundidad del sentimiento humano que inclina a la acción de piedad: la compasión.

El verbo griego *esplagijnizoma* usado en todos estos textos, deriva del sustantivo *esplajnon* que significa vientre, intestinos, entrañas, corazón, es decir, las partes profundas, internas, de donde parecen surgir las emociones profundas. El verbo griego nos está indicando un movimiento, un dinamismo o

impulso fuerte que fluye de las propias entrañas, una reacción visceral. Es algo mucho más concreto y movilizador que la "compasión".

Se ha recurrido a otras expresiones para decir eso en castellano, y los traductores hablan de que "se sintió movido de compasión o lástima", "sintió pena" o "su corazón se derramó hacia ellos". Pero ninguna de estas expresiones capta las evidentes y profundas connotaciones físicas y emocionales de la expresión griega para referirse a esa compasión.

Lo esencial es esta capacidad de sentir hasta en las entrañas la situación del otro que me interpela desde su necesidad. Lo esencial es cultivar esta sensibilidad, es destruir los "blindajes" que permanentemente construimos para protegernos de los demás. Lo esencial es hacernos "vulnerables" a la situación de los otros que me necesitan de alguna manera. Porque ya hemos visto lo fácil que es disparar los mecanismos para "alejar", "desaproximar" a los demás. Y lo esencial pasa por esa capacidad de sentir al otro en mis tripas y que me hacen acercarme a él o ella, meterlos en mi vida y renunciar a que mi vida, de allí en adelante, sea la misma. Y en esto va mi salvación o condenación. Porque en esto va la aparición apasionante del amor o la muerte en el ensimismamiento egoísta.

El sistema práctico de dominación se constituye cuando negamos la situación de indigencia del otro, cuando nos blindamos contra el otro que nos interpela, cuando nos constituimos como señores del otro. José Martí decía con toda contundencia que "presenciar un crimen y no hacer nada es cometerlo". La destrucción del reino del mal comienza cuando alguien reconstituye la relación o establece una nueva con el otro. Es lo que hizo el samaritano: constituyó al pobre medio muerto, asaltado y tirado en el camino, de un posible peligro -y por esto quizás también egoístamente el sacerdote y el levita lo evitaron- en una persona, en alguien digno de ser servido, en prójimo.

Claro que para poder hacerse prójimo de él, de esa mera "cosa" sangrante y tirada en el camino, era necesario antes "oír la voz del otro" que clamaba: "¡Ayúdame!", "¡Tengo hambre!". Y para eso se necesita una particular sensibilidad, entrañas que se remuevan, un corazón que se sienta afectado por el grito del otro.

Esta actitud nunca puede nacer de una teoría, de un mandamiento o de una doctrina. Esa pretensión siempre terminaría, tarde o temprano, en las actitudes del fariseo y del levita. Sólo la actitud entrañable nos salva de la perdición y nos abre al otro. Es el otro en su grito, en su clamor, en su dolor, quien nos pro-voca -nos llama desde delante-, nos con-voca -nos llama hacia él en su ayuda-, nos interpela. Es así como de pronto se nos aparece como quien tiene derechos y nos los reclama.

### **Desnudos para recrear la esperanza**

¿Quién, entre nuestros mayores, enfrenta este destino de injusticia invencible?  
¿Existe alguien que nos proponga otro mundo, otra historia, aunque sea utópica; un pensamiento nuevo, -aunque sea desesperado- distinto al de la globalización y el neoliberalismo? En estos últimos años de plomo, qué voz valiente y fuerte se ha levantado para asegurarnos que no estábamos solos, que no éramos los únicos en indignarnos y escandalizarnos por el progreso del materialismo ramplón y banal, de la estupidez de unos humanos?

Si Chimalman se desnuda e invita a Mixcóatl a desnudarse también, es con la esperanza de que, al aceptar, puedan reinventar juntos la historia. Es decir, poner las armas en el suelo -como las vestiduras condicionadas por la ideología- y recomenzar inventando una nueva historia, una nueva forma de vivir.

Pero inevitablemente el desnudarse es muy riesgoso y puede producir la muerte, como de hecho la produjo en el caso de nuestra historia. Mixcóatl será asesinado por uno de sus ambiciosos capitanes y Chimalman tendrá que refugiarse en la tierra de sus padres. El asesino de Mixcóatl se apodera de Culhuacán y finalmente Chimalman morirá al dar a luz a su hijo Ce Actl Topiltzin.

Uno muere por el cuchillo ambicioso y la otra por dar vida. Pero ambos para finalmente abrirle paso a Quetzalcóatl, para que viva y pueda recrear la historia. Esto es fecundar la historia con nuevos horizontes. El niño nace y crece en el exilio, al cuidado de sus abuelos maternos. Allí asimilará la cultura materna y se criará guiado por el credo de su madre: la devoción por el dios Quetzalcóatl, a quien más tarde servirá como sacerdote y asumirá el mismo nombre, siguiendo la tradición.

Y este acontecimiento lo recordamos en el momento en que el milenio se acaba y estamos por celebrar los 50 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Debemos tomar nota de la vertiginosa secuencia de sucesos que son el estertor de la agonía milenaria. Aún siendo conscientes de que nuestra manera de medir el tiempo no es más que una convención, debemos admitir que los últimos años han sido catastróficos en lo que a respeto de los derechos humanos se refiere.

Quizás hemos avanzado en nuevas formulaciones jurídicas y en conciencia a ciertos niveles de la humanidad, pero es indudable que esos logros se mezclan con el horror en la experiencia diaria. Declaraciones Universales y hambrunas, Pactos internacionales y tierras arrasadas, riquezas nunca vistas y pobreza abrumadora... Huérfanos de seguridades, nos estamos debatiendo para permanecer humanos en el vértigo del último tramo del milenio.

La angustia es inevitable porque somos mortales y nuestro tiempo vital se agota en el breve parpadeo de una estrella. No es fácil esperar. Pero el ansia de creer y apostar a lo que parece utópico nos impulsa a desafiar todos los temores.

Será muy importante que abordemos la utopía de otra manera porque la cultura occidental produjo, en los cuatro últimos siglos, casi un millar de utopías. La mayor parte de ellas sólo quedaron en el papel. Algunas fueron intentadas en la práctica, como las reducciones jesuíticas del Paraguay, la organización social que fue el colectivismo marxista, los *kibbutzim* israelitas, etc. Desgraciadamente esos modelos utópicos, alternativos de organización de la sociedad, naufragaron de una u otra manera, y hoy puede un Francis Fukuyama proclamar frívolamente el fin de la historia.

Pero lo más curioso es que la carencia de proyectos históricos movilizadores no ha provocado ni tragedia ni apocalipsis. Parece que hoy es perfectamente posible vivir sin ideales. Un ejemplo típico de esto es la propaganda que hacía una compañía de autobuses hace poco tiempo: "¡En un mundo totalmente cínico, una sola cosa merece que usted se movilice por ella: sus vacaciones!"

Ante esta barbaridad resuena la indignación de Oscar Wilde cuando afirmaba que "un mapamundi en el que no figure la tierra de la utopía no merece ser mirado por segunda vez". Y tiene mucha razón, porque una condición de los humanos es la de la esperanza. ¿Acaso no espera el lactante el pecho de la madre? ¿Y el niño no espera mantenerse en pie y caminar?, ¿no espera el enfermo sanar y el prisionero quedar libre, o el hambriento comer? Cuando se apaga la esperanza se apaga la vida.

Mirando al futuro creo que tenemos que seguir siendo un poco insensatos para ser eficaces en esta tarea de los derechos humanos. Lo que nos salva es que será siempre inútil predicar y practicar el valor de los derechos humanos siendo desleales a ellos: predicar la tolerancia, por ejemplo, siendo intolerantes.

Sólo esa buena fe nos salvará de convertirnos en verdaderos mercenarios de los derechos humanos. Porque en este campo ninguna simulación vale, ninguna representación, por más profesional que uno se considere, logrará su objetivo. No es concebible aquí una acción, por más neutra o aséptica que la concibamos, que no implique la expresión genuina y profunda de nuestras actitudes cotidianas y de nuestros valores personales. Para hacer que otro, en nuestra práctica de los derechos humanos, asuma una actitud semejante, será necesario conmoverlo amplia y profundamente mediante la asunción de todos los presupuestos y las implicancias de ellos.

Esto supone implicarse también uno en la acción de tal manera que signifique una profunda mutación en nuestra y en su concepción de la realidad y de los DDHH. Puesto que ello implica una buena dosis de violencia al suponer la posibilidad de desalojar la vieja axiología en uno y en el otro, que generalmente está profundamente enraizada en el corazón, sólo se logrará desde un fenomenal acto de amor. De lo contrario será como chocar contra un muro.

Ser militante de los derechos humanos será eso, hacerse y convertir a los demás en vulnerables al amor. Trasmitir actitudes nuevas y transformar las realidades injustas sólo se puede hacer desde esa mutua vulnerabilidad, donde el amor se vive seria y naturalmente. Porque será inútil decir que no mentimos, habrá simplemente que decir la verdad, ser veraz. Lo eficaz no será predicar la justicia y la tolerancia, sino ser simplemente justos y tolerantes.

Vemos que si bien el camino recorrido en estos años ha sido largo y tortuoso, mucho más es lo que queda aún por recorrer y corregir. Más aún, es imprescindible cambiar la visión que tenemos de los derechos humanos en la medida que no parta de los derechos de los no persona. Y habrá que ir integrando a esa conciencia universal de los derechos humanos, expresada en Declaraciones, Convenciones y códigos, todo aquello de lo que todavía adolecen. Más aún, habrá que luchar incansablemente para que lo que ya ha sido aceptado como derecho humano, pase del papel a la realidad de los excluidos sociales, sexuales, económicos, políticos y religiosos.

Apostemos a lo que nos da una cierta capacidad de "sentir hasta en las tripas" la miseria y el sufrimiento de la no-persona. Apostemos a lo que favorece la irrupción de la pasión. Nada verdadero se hace sin pasión, sin que no estemos profundamente implicados, vulnerables al grito doliente de las víctimas. La pasión es la razón de ser y el nervio del compromiso por los derechos de la no-persona.

Los derechos humanos, que no tienen status ni consistencia propia más allá de la víctima, se convierten en el instrumento indispensable para la eficacia misma de la pasión. La pasión por los excluidos y la opción prioritaria que ella impone explica por qué tantos militantes de los derechos humanos de América Latina conocen actualmente la angustia y la gloria del martirio.

Falta mucho por hacer todavía. Para darles un solo ejemplo del monumental desafío que tenemos por delante, la reciente Convención sobre los derechos del Niño comienza "reconociendo que el niño, para el pleno y armonioso desarrollo de su personalidad, debe crecer en el seno de la familia, en un ambiente de felicidad, amor y comprensión". Se reconoce por primera vez en un instrumento de carácter universal que el niño tiene necesidad, y por tanto el derecho, de ser amado para desarrollarse como ser humano. Es decir, se insinúa una posible declaración del derecho humano al amor.

¡La Declaración Universal no lo había previsto! Y hoy nos preguntamos si es solamente el niño quien tiene derecho al amor. ¿Y nosotros? No será que cualquier ser humano en cuanto tal -y para permanecer humano- tiene ese elemental derecho a ser amado y a poder amar a sus semejantes y al entorno amoroso y viviente que le posibilita existir? Guardamos en el corazón la esperanza de que ese hombre y esa mujer nuevos no serán una mera utopía sino los parteros del futuro.

Ce Actl Topiltzin

[...] ya con el nombre Quetzalcóatl, es convocado por un grupo de personas para que retome el poder. Así llega el joven Quetzalcóatl nuevamente a Culhuacán y vence al usurpador. Allí cambia la capital de Culhuacán a Tula y difunde una nueva manera de vivir. Además se convierte en el más conocido benefactor y propagador de la estimada cultura tolteca. Introduce los beneficios de la civilización materna así como al dios Quetzalcóatl, el dios más bondadoso de la cultura indígena antigua. A través de los años, la historia lo fue cubriendo de mitos. Se dice que era inmensamente culto, inventor de todos los beneficios que disfrutaba el mundo, él fue quien le dio al hombre el maíz, el cual él mismo robó en el reino de los muertos al viejo dios de los infiernos; era el padre de la agricultura, del calendario ritual, de la escritura, la astronomía, la medicina, etc. Había gran abundancia de todo para todos; dice el relato que "estaban muy ricos y no les faltaba cosa alguna, ni había hambre ni falta de maíz, ni comían las mazorcas de maíz pequeño sino que con ellas calentaban los baños como con leña"<sup>20</sup>

Entonces de la Fe la Esperanza y la Caridad quizá baste con alimentar la llamita de la más pequeña de las tres hermanas virtudes, como decía Péguy, la que va bailoteando entre sus dos hermanas mayores y las conduce de la mano: la pequeña Esperanza. La Tierra Nueva no llegará desde los racionalismos cartesianos, sino desde esa pequeña Esperanza que cosquillea en nuestras entrañas. Yo vine aquí a gritarles esa esperanza y a invitarles a seguir entusiastas y constantes en esta hermosa lucha. Digamos con el poeta Fito Páez: "Quien dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón".

## Notas

1. El relato está en el libro de Ignacio Bernal, *Tenochtitlán en una isla*, Fondo de Cultura Económica, SEP, México, pp.84-86. Me guiará de la mano el brillante relato de Elsa Tamez en *La fuerza del desnudo*, Christus, 595, 1986, pp. 41-47.
2. Dussel Enrique. *Ética Comunitaria*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1986, pp. 71-75.
3. *Ibidem*.
4. Boff, Leonardo. *San Francisco de Asis*, Sal Térrea, Santander 1982, pp.25-26.
5. *Sein und Zeit*, parte I, c.6, núm. 41 y 42.
6. Maçaneiro, M. *Mística e erótica*, 2ª ed. Vozes, Petrópolis, 1996.
7. Jn 4,8.16
8. Jn 15,13.
9. Finkielkraut.
10. García Paredes, José C Rey. *Guardían o rehén de mi hermano*, Misión Alberta 1, 1994, pp.55
11. Levinas, Emmanuel. *Ethique et Infini*, Livre de poche, París.
12. Betto, Frei. *¿La teología de la liberación cayó con el muro de Berlín?*, AGEN, Sao Paulo, diciembre de 1990.
13. La expresión derechos de los “despersonalizados” tiene una gran ventaja cuando se habla de los derechos de la mujer. Generalmente se habla de los derechos de los pobres, de las mujeres, de los negros, de los indígenas, de los homosexuales, etcétera, y no se repara en que debemos superar la dicotomía lingüística entre “mujeres” y los “pobres, los negros, los indígenas, los homosexuales, etc.”, como si esta convención lingüística no estuviera insinuando que las mujeres no son eventualmente negras, pobres, indígenas, homosexuales, etc. y que los negros, los pobres, los indígenas o los homosexuales no incluyeran a las mujeres. Es necesario tener presente que en el caso del derecho de la mujer en cuanto tal, es violado de manera múltiple y simultánea cuando e violenta su ser como persona, como raza, sexo o condición económica.
14. Fernández-Mateos, José Ma. *Mirarán al que traspasaron*, *Liberar nuestra mirada cautiva*, Sal Térrea, 954, 1993, pp.87.
15. Bobin, Christian. *Le Très-bas*, Gallimard, París, 1992.
16. Tamez, Elsa. *La fuerza del desnudo*, *op.cit.* pp. 43 – 44.
17. Citando a Ludwig Fuerbach en “Contra el dualismo del cuerpo y del alma”, *Werke II*, Leipzig 1846, p. 363. En *Ludwig Fuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.
18. Ellacuría, Ignacio. “El auténtico lugar social de la Iglesia”, en VV.AA. *Desafíos cristianos*, Misión Abierta, Madrid, 1988, p.78.
19. Esto es lo que significa literalmente el verbo *splankhnizein* usado el Lc. 10,33; Cf. Lc. 1,78; 7,13; 5,20.
20. Tamez, Elsa. *Op. cit.*, p. 46 y Bernal, *op. cit.*, p. 91.